

JULIO CÉSAR JOBET

ALGUNOS COLABORADORES DE
' ' ATENEA ' '

MI PRIMERA publicación en la revista *Atenea* apareció cuando la dirigía el prestigioso crítico Domingo Melfi. Al sucederle el popular escritor Luis Durand, colaboré con cierta regularidad y, durante dos años, fui su secretario de redacción. Precisamente, ambos preparamos un volumen extraordinario dedicado a la historiografía chilena en conmemoración de los veinticinco años de existencia de *Atenea*. Aquel número correspondió a los meses de septiembre-octubre de 1949.

Con motivo de mi trabajo en la revista traté en varias oportunidades a don Enrique Molina, en quien aprecié una cultura amplísima, y una gran simpatía personal por su ecuanimidad de juicio y su distinguida medida y fineza en sus actitudes. Me hizo saber su agrado por un artículo que escribí sobre las ideas del olvidado educador Alejandro Venegas (Dr. Julio Valdés Cange). Don Enrique fue su amigo y compañero y le guardaba inalterable fidelidad a su obra y a su recuerdo. Más tarde le causó bastante molestia uno de mis ensayos acerca del desarrollo histórico de nuestro país. Se la manifestó en una extensa carta a don Luis Durand y, al mismo tiempo, formulaba serios reparos a la tendencia del estudio, y de paso rectificaba algunos errores deslizados en su texto. A raíz de la epístola en cuestión sostuvimos algún tiempo después una larga conversación. Le expliqué mis concepciones, pero no pude comprender si su amable sonrisa final fue de aceptación o de escepticismo. De todos modos, la entrevista indicada, me permitió medir su conocimiento de los problemas de Chile y su preocupación profunda por la revista *Atenea*.

RECUERDO DE LUIS DURAND

I

El 11 de octubre de 1954 falleció, en Santiago, a los 59 años de edad, don Luis Durand, escritor ilustre. Antes de morir pidió que

lo enterraran en su tierra natal. Reposa para siempre en Traiguén, junto a su madre, adentrado en el corazón de la Frontera, comarca fielmente descrita en sus diversas obras.

Hemos llegado hasta su tumba en viaje de emocionado recuerdo. Mientras contemplamos el túmulo, con la forma de un libro abierto, donde permanecen sus restos mortales una secreta angustia nos envuelve; angustia y tristeza de no volver a sentir sus palabras cálidas ni palmotear afectuosamente su figura maciza y tranquila, apoyada con cierto desgano en su firme bastón de guindo; de no poder conversar reposadamente sobre las cosas sencillas que forman la trama cotidiana de nuestras humildes existencias...

Observo su tumba y lo evoco nítidamente. Escucho su saludo entre serio y divertido: ¿Cómo le va a su señoría? ¡Tiempo que se había perdido su merced!" Y al ver a mi esposa se acercaba con grandes demostraciones de afecto: ¿Cómo está Elisita? ¡Por Dios qué ingrata, no viene nunca a vernos!" En el acto anudábamos una entusiasta charla, mezclando sucesos, comentarios, anécdotas, proyectos, recuerdos... Por otro lado, la señora Josefina, su abnegada esposa, dueña de casa ejemplar, atenta, cariñosa y sencilla, disponía un festejo abundante y variado, pero que siempre le parecía magro a don Lucho. Con su tono socarrón le decía: "¡Pero señora Chepa no le ha servido nada a la Elisita!" Y dirigiéndose a mí: "Distinguido ensayista: no desprecie estas modestas onces y atráquele!"

Cualquier suceso por nimio que fuera, relatado por don Lucho, cobraba singular relieve. Una vez nos contó, precisamente, un pequeño incidente protagonizado en Traiguén. Le manifestaron que vivía cerca del pueblo una señora de avanzada edad y resolvió visitarla. Llegó hasta su casa y resultó ser una dama muy fruncida. Nos refirió parte del diálogo: "¿Y de dónde es usted, señora? Yo soy de los países de Copiapós. ¿Vive Ud. solita?" No, vivo con un hermano". ¿Y está aquí su hermano?" Sí, pero en este momento el caballero de mi hermano anda laborando. (Don Lucho agregaba que pronto llegó el caballero de su hermano, con raído pantalón a media pierna, ojotas, tongo de papel y una pala al hombro). Al despedirse le hizo esta última pregunta: Señora, ¿qué edad tiene Ud.? La viejísima dama, tomándose la punta del delantal entre los dedos, le respondió: ¡Mire... señor, muchos caballeros han pasado por aquí, pero ninguno me había hecho esa pregunta! Don Lucho se retiró sin poder satisfacer su curiosidad.

El motivo de esta anécdota es muy simple, pero relatado por don Lucho adquiría una gracia tan simpática y risueña que ya no se olvidaba más. Todavía, cuando vemos a alguien de modesta condición,

engolado y suficiente, comentamos con mi esposa: ¡Seguramente es de los "países de Copiapós"!

II

Don Lucho, como cariñosamente lo llamábamos, fue un hombre afectuoso; irradió simpatía y bondad en su trato diario y a través de sus libros derramó generosamente ternura y amor por las personas y las cosas de nuestra tierra. Hombre bueno, afable, con una simpática picardía criolla, bonachona y pura, en su modo de ser y en sus relaciones corrientes, supo conquistarse el cariño y el respeto jovial de quienes le conocieron y rodearon. Vivió pobre, afrontando la lucha por la existencia con entereza y conformidad. A pesar de la circulación amplia de sus numerosas obras, no obtuvo los medios indispensables para llevar una vida tranquila. Su labor literaria nutrida, de más de un cuarto de siglo de actividad incansable, y con un sello tan sabrosamente chileno, no le permitió disfrutar de una vida desahogada, y hasta el último instante hubo de luchar para mantener su hogar y cumplir sus responsabilidades privadas.

Luis Durand, escritor tan próximo al alma de cada hombre de nuestra tierra, por su chilénísima creación literaria, partió sin haber logrado ninguno de esos éxitos materiales que otros más afortunados, sea por sus méritos reales o por la propaganda de círculos interesados, partidarios u oficiales, han logrado copiosamente y de manera insultante. Se le negó de manera reiterada el Premio Nacional de Literatura, galardón de elemental justicia para su obra tan vasta y fecunda, hondamente característica de Chile, a pesar de haber logrado en una ocasión dos votos de los tres que formaban el jurado. Es verdad que si don Lucho no adquirió bienes materiales, en cambio conquistó con exceso el cariño de sus compatriotas. Amigos dilectos en las diversas localidades del país le acompañaron y alentaron; un público lector inmenso siguió y aplaudió su trayectoria literaria; escritores, políticos, estudiantes, simples ciudadanos, buscaron su amistad y se honraron con su contacto risueño, de corazón abierto, sin dobleces ni trastienda.

Luis Durand con amoroso deleite recorrió a lo largo y a lo ancho el territorio patrio, dejando en crónicas sencillas, asombradas o regocijadas, sus frescas impresiones. Nuestra hermosa región de la Frontera la registró y describió de manera indeleble en las páginas de sus magníficos cuentos (*Tierra de Pellines, Campesinos, Mi amigo Pidén, Cielos del Sur, Casa de Infancia*) y en novelas rebosantes de colorido y emoción (*Mercedes Urizar, La noche en el camino*). En su produc-

ción máxima: *Frontera*, entregó un vasto fresco, animado, recio, pintoresco y épico de esta atrayente región, donde nació y creció. Cuadros notables y certeros de su paisaje sorprendente y de sucesos relevantes de la colonización, tipos variados, en quienes la vida aflora por todos sus poros; conflictos humanos profundos, todo desfila escrito y aprisionado eternamente al conjuro de su pluma iluminada. Con esta obra dotó a la región mapuche de su epopeya en prosa y se incorporó a los grandes novelistas representativos de Latinoamérica.

III

Don Lucho actuó largamente en los diversos organismos de escritores (Sociedad de Escritores de Chile, Pen Club y Sindicatos de Escritores), y al mismo tiempo dirigió la revista literaria más importante del país: "Atenea". En su dirección contó con la ayuda constante de Luis Merino Reyes, Mario Osses y con la mía (como lo recordó gentilmente en su libro *Gentes de mi tiempo*). Un rasgo simpático de su labor en los organismos señalados fue su comprensiva apreciación de los nuevos escritores, a quienes siempre alentó, prologó y facilitó las páginas de "Atenea". Y, a menudo, se le criticó por su actitud generosa. Siempre cooperó con las instituciones culturales de provincia y colaboró en sus pequeñas publicaciones. Periódicamente visitaba alguna ciudad a dar charlas o conferencias sobre literatura nacional. En Temuco estuvo varias veces y alcanzó especial relieve su permanencia en 1948, cuando invitado por el Ateneo, leyó algunos capítulos de sus recuerdos literarios (incorporados en su obra *Gente de mi tiempo*), y dictó sabrosas charlas en los Liceos de Niñas y de Hombres. Miró con especial simpatía la aparición del cuaderno literario "TRAVESÍA", apoyándolo con sus artículos y con diversas colaboraciones obtenidas entre sus amigos.

En su estímulo a los escritores jóvenes no se dejó llevar por una norma estética determinada. Le bastaba que escribieran con entusiasmo y fe, aunque muchas veces no lograra entender del todo sus lucubraciones. Al respecto, nos contó algo divertido que le ocurrió con un poeta joven, en uno de sus viajes al sur. El poeta llegó hasta su hotel y le solicitó su aprobación para leerle uno de sus poemas. Don Lucho, cortésmente, le manifestó su agrado de oírlo y fumándose, despaciosamente, un cigarrillo, escuchó una difícil poesía. Al término, como él permaneciera silencioso, el joven poeta entró, entonces, en una apasionada y gesticulante explicación de todo el proceso de gestación de su poema y de su significado profundo. Sofocado y expectan-

te, esperó la opinión del maestro, pero don Lucho, impresionado por los ademanes y el esfuerzo del vate, sólo atinó a exclamar: "¡Puchas! ¿no?" El joven poeta tomó sus papeles y salió indignado y desdeñoso.

IV

Don Lucho, en materias religiosas e ideológicas, mantuvo un criterio tolerante y desapasionado. No era creyente ni le interesaban las abstracciones metafísicas. Su conocimiento cabal de la vida, su contacto permanente con los seres sencillos, la observación diaria de tantas injusticias y sufrimientos, su propia existencia laboriosa, aporreada, sus relaciones con altos personajes de la política (don Lucho fue secretario de don Arturo Alessandri en su segunda administración) y de las letras a quienes conoció en toda su íntima mediocridad, le afirmaron en su escepticismo amable. Escéptico en política e incrédulo en filosofía y religión, se mantuvo ajeno a las inquietudes de las luchas partidistas y a las torturas abstractas sobre la existencia de Dios y del más allá; de la misma manera que en la vida corriente no le turbaron las ambiciones de gloria y de figuración (fue declarado hijo ilustre de Traiguén, motivo por el cual tuvo que asistir a las ceremonias y solemnidades del caso. A su regreso me confesaba que casi no pudo soportar las molestias de ser "personaje célebre". A menudo todo le parecía chacota). Para don Luisito, lo fundamental en sus preocupaciones era el hombre concreto, de carne y hueso, y su actitud de solidaridad hacia los humildes, sin pose ni aspaviento, fue inalterable. Hizo todo lo posible por aliviar las miserias de sus semejantes y rindió un culto fervoroso a la amistad. Pocos hombres más amistosos que él. No podía vivir sin sus innumerables amigos. Y a donde fuera aparecían, brotaban, le rodeaban los más variados, raros, pintorescos y entrañables amigos.

A través de sus conversaciones, y en sus libros, se destacaba un amor fuerte por la naturaleza y los animales, con un verdadero fervor panteísta. Asimismo, gustaba intensamente de los placeres sencillos de la existencia cotidiana: guisos sabrosos, frutos de la tierra y del mar, mostos olorosos. Era un "gourmet" escapado de las páginas de Rabelais.

V

Si alguna preocupación de tipo metafísico le conturbó, ésta sin duda es la que le llevó a ingresar a las Logias Masónicas, donde al parecer su actividad fue discreta, sin mayor relieve. Sus referencias

a esa zona de su vida eran escasísimas. Sólo me narró una anécdota. En una de las reuniones de la logia, mientras un orador hacía diversas consideraciones, un señor pequeño, moreno, instalado a su lado, se revolvía en el asiento y criticaba por lo bajo los juicios de quién hablaba. En un momento, dirigiéndose a don Lucho, afirmó con voz alta: ¡Lo que dice el hermano es totalmente inexacto! Don Lucho se limitó a lanzar un "¡Ah! ¿Sí?" Al terminar la reunión preguntó por el señor morenito e inquieto. Era don Pedro Aguirre Cerda, el futuro Presidente de la República.

A raíz de los grandes movimientos sociales y políticos a partir de 1938, don Lucho se sintió conmovido y atraído por la marejada democrática, que correspondía a su modo íntimo de apreciar los hechos y las cosas de su país. Su apoliticismo (su alessandrismo era una adhesión simpática y personal, desligada de todo contenido político), sufrió una fuerte crisis hasta que se decidió a ingresar al Partido Socialista Popular. Se le recibió, junto con otros escritores y artistas, en una ceremonia especial, donde él habló en nombre de los recién incorporados. El P. S. P. iniciaba una era difícil, aislado, con escasa gravitación. Otro grupo socialista estaba en el gobierno de don Gabriel González Videla y contaba con el apoyo oficial. En tales circunstancias, apareció su novela *Frontera*. Un día le llegó una carta muy sentida del viajero Bernardo Ibáñez, líder del sector socialista gabrielista, firmada en un puerto de Irlanda, en la cual le expresaba su entusiasmo por *Frontera*. Don Lucho se emocionó con la epístola y deseó publicarla, pero le asaltaron escrúpulos en vista de su condición de "militante socialista". Al mismo tiempo, se le plantearon dudas sobre cuál de los dos grupos era su tienda efectiva. En tales momentos lo visité. Después de conversar un rato, repentinamente me preguntó: "¡Julio César! ¿De cuáles socialistas soy yo?" "De los de Ampuero, don Lucho", le respondí. "Entonces no puedo publicar esta cartita, me agregó", dándomela a leer. Y meneando la cabeza exclamó: "¡Por la remadre, compañero, que es embromado esto de ser de un partido!". Más tarde, al proclamar el P. S. P. la candidatura presidencial de Carlos Ibáñez, don Lucho se retiró silenciosamente y se ligó al Frente del Pueblo. Aquí le halagaron con el objeto de especular con su nombre literario, con su vasta obra criollista. Resultado de ese bloqueo, fue su designación de Presidente del Instituto Chileno-Chino de Cultura. Y empezó a circular la especie de que don Lucho se había convertido al comunismo. No hubo tal. Su natural bondad lo llevó a aceptar aquel cargo (como antes por amistad con los señores Chuaqui, Hirmas, Mussa, se había incorporado al Instituto Chileno-Arabe de Cultura), y porque los "chinitos" le cayeron tan sim-

páticos. Una vez le pregunté: "Don Lucho, ¿qué dice el Instituto Chileno-Chino? ¿No le ha traído molestias?" Me miró socarronamente y me respondió: "¡Sí, hombre! Ya no soy Luis Durand. Ahora me llamo Luis Luland!"

Su carácter bondadoso y tolerante, su espíritu amistoso y abierto, no se avenían con las exigencias de la militancia comunista. Era, ante todo, un demócrata de verdad, enemigo de los enredos políticos y partidarios, a quien le preocupaba solamente la existencia amplia de la libertad y de la justicia. Deseaba sinceramente un perfeccionamiento de la democracia, dentro de una convivencia pacífica, por métodos razonables, sin menoscabar la autonomía y dignidad del hombre. En verdad, su corta vida socialista y entendido el socialismo como un nuevo y profundo humanismo, respondía a su condición esencial de escritor libre y realista y a su espíritu ciudadano pacífico y solidario de los humildes.

LA VIDA CREADORA DE MARIANO LATORRE

I

El fino poeta y erudito investigador sobre la historia de la literatura chilena, Francisco Santana, ha esbozado un completo ensayo biográfico sobre Mariano Latorre. Es un libro pequeño, pero denso y substancioso. Registra toda la obra de Latorre y es, sin duda, una introducción indispensable al conocimiento de nuestro gran escritor. Santana condensa en páginas muy ordenadas y nutridas, escritas con sencillez y cordialidad, el largo y accidentado itinerario del rapsoda del Maule, su comarca nutricia, y de Chile, su país amado con fidelidad.

La lectura de este simpático volumen me ha sido gratísima y nostálgica. Lo devoré en una hermosa y radiante tarde, bajo la sombra de los robles y pataguas del costado poniente del Nielol, donde ocurrió la anécdota de su cuento "El tobiano de Catrileo". Me acompañó la nítida evocación de Mariano, con quien tantas charlas anudamos en las calles de Temuco y en los faldeos del Nielol, pasando revista a sus olivillos, ulmos y laureles. Amó con sinceridad esta bella región y la describió con opulencia y poesía en MAPU.

Al meditar en el autor del noticioso ensayo, Francisco Santana, retrocedía a mi adolescencia entusiasta y alegre, a los días luminosos de nuestros estudios en el Liceo de Temuco, y de nuestras primeras inquietudes literarias. Francisco Santana, condiscípulo y amigo inva-

riable, ha mantenido una disciplinada actividad, volcada hacia la investigación y el examen de la literatura nacional. Su afán interpretativo de buena ley y de sobria dignidad creadora, le confieren a su modesta existencia un sello de nobleza y fecundidad. Y en ello reside la calidad y la simpatía de su amistad.

A Mariano Latorre tuve la suerte de conocerlo mientras era alumno del Instituto Pedagógico, al incorporarse a su personal docente con motivo de la jubilación de don Julio Vicuña Cifuentes, en 1930. Más tarde nos hicimos amigos y nunca dejó de visitar mi hogar en Temuco o en Santiago, para conversar y rendir honores a algún guiso preparado por mi esposa, también oriunda de la región del Maule (nació en Cauquenes, con familiares en Talca y Parral, a varios de los cuales frecuentó Mariano). Todos los veranos pasaba por el "mapu" a tomar bachillerato o a visitar a alguno de sus innumerables amigos, quienes se disputaban el honor de invitarlo a sus predios, donde Mariano intimaba en la comprensión profunda de sus faenas, paisaje y existencia humana. En Santiago mantuvimos con la cordialidad de siempre esas relaciones tan atrayentes y fecundas. Mariano Latorre ha sido una de las personalidades de mayor simpatía y encanto en su trato y de más calidad espiritual y atractivo literario que he conocido. Y he tenido la suerte, a través de veinticinco años de intensa vida política, docente y periodística, de alternar con una impresionante cantidad de figuras de alta jerarquía intelectual y humana.

Mariano era insuperable como amigo y compañero. Su alegría traviesa, sus conversaciones sabrosas e inagotables, sus animados relatos de incidentes y anécdotas, sus comentarios inteligentes de lecturas y sus retratos certeros, cáusticos o maliciosos, de personajes de la política o del mundo literario, su generosidad sin par, lo hacían un ser brillante, ingenioso, simpático, excepcionalmente humano. A pesar de sus dotes intelectuales extraordinarias y de sus vastísimas amistades, no quiso nunca usufructuar de prebendas ni tampoco llevar una existencia rumbosa.

Aunque soy un "intelectual", atraído fundamentalmente por las cuestiones sociales, la política y la historia, y poseo ante todo una inquietud ideológica, la literatura de Mariano Latorre me interesa y conmueve. Se entronca a mi origen campesino, a mi infancia y adolescencia nutridas en la tierra araucana, en medio de estas campiñas ubérrimas, de ríos, volcanes y bosques, tan bien descrita en sus diversas obras. Mi condición de descendiente de colonos franceses radicados en la Frontera, y moldeado en esas duras y fascinantes realidades las encuentro reflejadas con arte insuperable en las producciones de Mariano Latorre y de Luis Durand. Las leo y releo con placer nu-

triendo mi vertiente rural fronteriza, de profunda adhesión a mi tierra magnífica. De aquí mi comprensión de los sentimientos creadores de Mariano Latorre, descendiente de español y francesa (su madre era bordalesa como mi abuela Berta Angevin Ménard) y mi admiración ilimitada por su obra literaria empapada de amor a la tierra natal. Al mismo tiempo explica mi amistad. Era sabio y perspicaz, preocupado por todos los problemas de la cultura y de la política. Con él se podía conversar sobre todos los temas de interés para un hombre de esta época, con provecho y deleite.

Francisco Santana expone con precisión los aspectos más sobresalientes de la famosa polémica entre los criollistas y los imaginistas. A Mariano Latorre se le considera el jefe del criollismo. ¿Cómo lo entendía Latorre? En el verano de 1950, de regreso de una permanencia en la comarca del río Puelo, en casa de Julio Silva Lazo (autor de *Hombres del Reloncaví*), con el deslumbramiento aún vivo de su paisaje impresionante, donde "junto al misterioso alerce milenario que raya los altos cerros, platea la copa olorosa de los ulmos", lo entrevistamos para nuestra revista *TRAVESÍA*. A la pregunta sobre su concepto del criollismo, en calidad de jefe de esa escuela literaria, nos expresó: "No creo que merezca el título de jefe del criollismo literario, incluso creo que no existe jefe del criollismo. Criollismo es, sencillamente, la interpretación total de la vida chilena, la de la ciudad y del campo. Criollismo es la raza chilena en sus reacciones características y así es criollo un gran terrateniente como el notario de un pueblo chico. Es lamentable que a los críticos literarios se les haya ocurrido pensar que sólo son criollistas los escritores rurales. Es lástima, querido amigo, que la palabra criollismo se haya vulgarizado en esta forma tan limitada. A no se quién, tengo la idea que a Salvador Reyes, se le ocurrió anteponer imaginismo a criollismo. Esto es una tinterillada literaria..."

En su interesante conferencia: "Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo", insiste en su mismo concepto y lo sintetiza de esta manera: "Escritores criollistas son los intérpretes objetivos o psicológicos de la vida chilena en los campos o en las ciudades".

El pequeño gran libro de Francisco Santana me ha permitido recorrer una vez más la vida creadora de Mariano Latorre y recordarlo con afecto profundo en su existencia prodigiosa, en su contagiosa risa y su picaresco parpadeo, en tanto sus ojos verde-azules chispeaban de diablura, y que tan hondo supieron ver en el corazón de nuestro pueblo y en la entraña de nuestra tierra.

II

Mariano Latorre nació en Cobquecura, pequeño puerto de la provincia de Maule, tierra de campesinos y de marinos, el 3 de enero de 1886. Descendía de vascos españoles y de franceses. Cursó sus estudios de humanidades en liceos de provincia y a su término ingresó en el Instituto Pedagógico, donde se graduó en la asignatura de Castellano. Durante casi medio siglo ejerció un fecundo magisterio, formando varias generaciones de profesores en el amor al idioma castellano y a la cultura latina. Junto a su labor docente realizó su vastísima creación literaria. Novelista, cuentista y ensayista, publicó una veintena de obras notables, conquistándose un privilegiado sitio como clásico de la literatura chilena e hispanoamericana. Apenas publicó sus dos primeros libros, *Cuentos del Maule* y *Cuna de Cóndores*, se consagró como un escritor innovador, profundamente original. Respondía con singular talento al llamado secular de José Victorino Lastarria, dando vida a una literatura genuinamente nacional, por la descripción minuciosa y poética de su paisaje nativo y por la rica galería de tipos y escenas, características de su pueblo. Su fecunda obra literaria constituye el más bello y amoroso registro del variado paisaje chileno y de la compleja idiosincrasia de su habitante, atestiguando una devoción vernácula inagotable y ejemplar. En ella exhibe extraordinarias condiciones de narrador, dueño de un estilo animado, rico en vocablos nuevos, de gran colorido y poder evocador.

Mariano Latorre trató de abrazar a Chile en sus diversos aspectos geográficos, sociales y anímicos, desarrollando sus argumentos en las distintas regiones de su extenso territorio con el propósito de dar una visión artística total del país. CHILE, PAÍS DE RINCONES es el título sugestivo de una excelente antología de sus cuentos más logrados, queriendo expresar con él el carácter particularísimo de su endiablada topografía física y espiritual y que el autor deseó aprehender e interpretar íntegramente. Y a quien se lamentaba de no existir una novela representativa del país, le respondía: "Observación superficial, improvisada por el crítico, acuciado sobre el tema sobre el cual debe escribir, porque ni *Don Segundo Sombra*, ni *Doña Bárbara*, ni *La Vorágine*, son novelas totales de Argentina, Venezuela o Colombia. Son aspectos de la vida de esos países, que coinciden con un problema de esa nacionalidad en un instante del tiempo. Y es lo que desorienta a los críticos chilenos que quieren aplicar esos problemas, olvidando su diferencia geográfica y convirtiendo así un error en una verdad indiscutible. La síntesis de la vida chilena en una sola novela

es imposible y menos en un personaje. El huaso es el valle central; el roto, de todo Chile. El uno es conservador; el otro anárquico”.

En 1912 salió a la circulación su primer libro: CUENTOS DEL MAULE; en 1918, CUNA DE CÓNDORES; y, en seguida, se suceden ZURZULITA, ULLY, CHILENOS DEL MAR, ON PANTA, HOMBRES Y ZORROS, MAPU y VIENTO DE MALLINES, que se imprime en 1944. En este año recibió el Premio Nacional de Literatura, en reconocimiento de su larga y honda producción novelesca. Prosigue su labor hasta llegar a ISLA DE PÁJAROS, su última publicación, aparecida poco antes de su muerte.

Toda la obra de Mariano Latorre se nutre en un amor entrañable a su patria y en un sincero afán de comprensión del hombre chileno a través del análisis detenido de su ruda psicología. En su espíritu se impuso de manera avasalladora el llamado profundo y mágico de su tierra. Desde joven su temperamento buscó los medios de expresión que narrasen la vida y los conflictos del hombre y el medio de su país y de su tiempo, con una honradez literaria admirable, sin desviarse de su propósito a pesar de los ataques enconados de una crítica extranjerizante. La lectura de los grandes escritores naturalistas europeos, sobre todo de Zola, lo afirmaron en su actitud. En hermosas páginas nos ha confesado su lento proceso de descubrimiento de Chile y cómo la tierra nativa penetró hondamente en su espíritu, revelándosele sin intervención de nadie: “Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero, su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento. Fue, en la primera época, una embriaguez sensorial y, más adelante, un razonar de todos los momentos despojando de cortezas adventicias la idea primigenia, germinadora”.

En el mismo escrito, Mariano Latorre, analiza inteligentemente el problema del criollismo y del imaginismo en la literatura chilena, rechazando sus tradicionales contenidos impuestos por críticos perezosos y simplistas; análisis de mucho interés para lograr un necesario esclarecimiento de la famosa contienda literaria y para la exacta ubicación del novelista. Se pregunta: “¿Soy criollista? ¿Tenía la intención de crear una escuela de este tipo?” Responde: “Nunca se me ocurrió una cosa semejante... No he pintado jamás huasos, en el sentido estricto de la palabra. Ni me atrajo el cuadro de costumbres que abunda en Jotabeche, en Blest Gana y en Barros Grez. En una palabra, estuve siempre lejos del pintoresquismo rural. Si hay en algunas de mis novelas o cuentos escenas de costumbres es porque el asunto y el medio lo exigían. Mi intención, al acercarme al mar, al campo, a las cordilleras de la costa y de los Andes, a las selvas del sur, a la vida de

las colonias alemanas de Quilaco y Pucón... fue una intención heroica, la de interpretar, la lucha del hombre de la tierra, del mar y de la selva por crear civilización en territorios salvajes lejos de las ciudades".

III

Mariano Latorre es un escritor realista y nacionalista. Supo incorporar las diversas regiones del país a la literatura, por medio de una observación directa, plena de fidelidad, del hombre y del paisaje autóctonos, con un sentimiento poético profundo, fijándolos en imágenes y metáforas eternas. Sus obras se singularizan por la pintura sensual, deleitosa del paisaje ("muchas veces, mirando los cerros vestidos de azulada bruma, decía como Joaquín Mir: ¡Ay si pudiera abrazar esa colinal!) y por el estudio penetrante del tipo racial propio del país, de su extraña psicología, de ese "zorro astuto y malévolo", que lleva dentro. Arrieros, hombres de mar, agitadores, campesinos enganchados en las ciudades del Norte, colonos del Neuquén, indios, misioneros, bandidos, hombres "que se desplazan de su medio nativo para buscar otra forma de vida, independiente, creada por ellos mismos y lejos de la tiranía del patrón..." desfilan por sus páginas vibrantes y esa "vida mejor o peor, insegura o estable, a veces coronada por el triunfo y en muchos casos por trágicas derrotas..." constituye el drama esencial en la producción novelística de Mariano Latorre. Para él, Chile es un país en transformación, cuyo interés apasionante reside en su presente, no en la tradicional adoración fanática de un pasado superado. Tierras vírgenes se incorporan a la civilización; desaparecen selvas, reemplazadas por campos de cultivo; se levantan pueblos y se forman y moldean nuevos tipos humanos. Es necesario, entonces, recorrer el país, estudiarlo, aprisionarlo en su cambiante rostro. Por eso, al comprobar el divorcio existente entre la realidad de la nación y la enseñanza de la época, ajena a tan vasto proceso de cambio, se propone explorarlo en toda su extensión, adentrarse en su seno. Así lo explica en notables líneas: "Y al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que, por vivir en él, no se habían enterado que existía".

He aquí la finalidad de fondo en la amplia creación literaria de Mariano Latorre: captar la existencia nacional con sus diversos tipos

humanos en todas sus actividades y peripecias, e incorporar el verdadero y sorprendente paisaje circundante, en un lenguaje poético, de gran lirismo. Ricardo A. Latcham, crítico culto y perspicaz, en su discurso de recepción del novelista en la Facultad de Filosofía y Educación, expresó algo que lo define certeramente: "Es raro encontrar en Chile un individuo de tan entrañada vocación literaria, con decisión más firme para entregarse a los impulsos temperamentales y por encima de la conveniencia o el medio. Ni político ni hombre de negocios, siempre fue un artista, un modelador de fantasías, un maestro que prefirió la enseñanza socrática a la muerta superficie de los textos. Ha desempeñado, entre todos los chilenos, la más egregia función del escritor: descubrir, exaltar y reproducir el alma de su tierra y de su pueblo".

Mariano Latorre, como hombre, era el prototipo del gran amigo cordial, chispeante, ingenioso. Huía de las ceremonias aburridas y de los actos oficiales solemnes; no podía soportar a los seres vanidosos, hinchados y huecos, cuyo único mérito radicaba en la posesión del dinero o de cargos debidos a las aventuras políticas. Rehusó toda gloria y figuración artificiales; prefirió la amistad de la gente sencilla y culta y siempre se sintió atraído por las personas inteligentes, originales, fuera en el campo de la creación literaria o artística, o en las luchas sociales, e ideológicas. En acto académico destacado expresó un rasgo exacto de su carácter: "Nunca me sedujeron las ceremonias académicas y si he de ser franco, ninguna clase de ceremonias... Creo que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituido mi vocación) debe afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder..." Mariano Latorre supo vivir de acuerdo con su confesión, alejado de las recompensas oficiales y de las sinecuras burocráticas, con absoluta independencia. El encanto de su amistad residía en su inteligencia alerta, en su cultura amplísima y en sus cualidades de hombre libre, digno, de firme vocación literaria y de agudo espíritu polémico y batallador.

Mariano Latorre fue, además, un sincero demócrata, defensor de la justicia y de la libertad, y un profundo admirador de las tradiciones culturales de Occidente. Se adentró en el corazón de su pueblo y éste supo comprender la exactitud de las líneas del gran escritor acerca de los personajes de sus libros: "Un profundo amor por esos desheredados me hizo escribir con sincera emoción, y si algo he hecho que valga la pena, se lo debo a ellos y a su heroísmo sin recompensa. Y confieso que para ellos y para los que aman a esa porción tan rica de vitalidad y de tesón inquebrantable, de nuestra raza, he escrito la mayoría de mis libros".

Mariano Latorre uno de los escritores más representativos de Chile, falleció de un ataque al corazón, en Santiago, el 10 de noviembre de 1955, a los setenta años de edad.

ALDO TORRES PÚA, POETA DE LA FRONTERA

En diciembre de 1960, en Viña del Mar, supe el deceso inesperado del poeta de nuestra provincia, Aldo Torres Púa, en Londres. Había recibido dos cartas suyas desde Madrid. En la primera me narraba la trágica muerte de su segunda esposa, de nacionalidad argentina, a consecuencia de un cáncer (su primera mujer, temuquense, también falleció en circunstancias dolorosas) y aspectos de su situación en España; en la segunda me contaba impresiones líricas y pintorescas de un viaje por Inglaterra, en especial de sus vagabundeos por los barrios populares de Londres y de una visita breve a la comarca de los lagos donde vivieron algunos de sus poetas ingleses preferidos. Me adelantaba su decisión de regresar a las Islas Británicas con el propósito de permanecer una temporada larga. En sus epístolas campeaba un espíritu rebosante de optimismo, curioso y proyectista, como era normal en Aldo Torres. Por eso, su muerte en el instante de cumplir su anhelo tan deseado, me sumió en el estupor y, al parecer, ocurrió en circunstancias extrañas.

A menudo pienso con tristeza en el desaparecimiento de Aldo, compañero de estudios en nuestro liceo y amigo constante a lo largo de treinta y cuatro años. Me duele su sorpresivo fin, a los cincuenta años de edad, en la plenitud de su vigor físico y de su potencia creadora, y cuando daba cima a uno de sus más acariciados anhelos: recorrer Europa y, sobre todo, España e Inglaterra, cuyas literaturas conocía en profundidad y amaba entrañablemente. Hombre cordial y amistoso, conversador inagotable, amante fervoroso de su patria y de su región natal, Cautín, evocaba en charlas gozosas, ricas en detalles ingeniosos, hombres, paisajes, aventuras... ¡Y este gran compañero, tan urgido de amistad y compañía, murió solo, extraño, desconocido, en país lejano! Al imaginarme su caída definitiva he recordado algunas líneas de sus reflexiones en "La malva y el asfado", ensayo publicado en "Atenea": "A veces, me abstraigo en medio del fragor urbano y me paro a evocar el primer sonido, el primer ademán, la primera idea. Entonces, como herido por una flecha veloz, que no detiene su vuelo ni acaba nunca de pasar, se ahonda en mí la nostalgia de aquel sonido, de aquel ademán, de aquella idea, y son cual peces remotos en el piélago de mi existencia. ¡Oh nostalgia, súbita y eterna y dolorosa!"

II

Tres o cuatro años atrás me ocurrió algo semejante: el anuncio repentino de la muerte trágica, en los Estados Unidos, de otro compañero y amigo querido: Manuel Olguín, profesor de francés, estudioso y de fina sensibilidad. A los pocos meses de matrimonio perdió a su esposa, una simpática dama temuquense, y en medio de su congoja planeó una nueva existencia. Se trasladó a los Estados Unidos donde enseñó y siguió estudios especializados, logrando los más altos títulos y conquistando un sólido prestigio como catedrático y escritor. Reconstituyó su vida matrimonial y formó un nuevo hogar. Con motivo de los homenajes al polígrafo mexicano Alfonso Reyes en 1955, al cumplir medio siglo de dedicación a las letras, el nombre de Manuel Olguín alcanzó amplia notoriedad. A fines de esa fecha terminó de escribir su libro *Alfonso Reyes, ensayista, vida y pensamiento*, difundido por las ediciones Andrea, de México. Su obra examina eruditamente la labor monumental del fecundo escritor azteca, y lo consagró como crítico eminente. Un extraordinario porvenir se le abría y, sin embargo, un día cualquiera se suicidó. ¿Qué le ocurrió a este amigo inteligente y sensible? En innumerables ocasiones, con Manuel Olguín y Federico Klein, abogado de gran inquietud social, caminando por las calles de nuestra ciudad o por las laderas del cerro Nielol, abordamos los eternos temas que conmueven a la juventud: el sentido de la vida, las raíces de la creación literaria y artística, los verdaderos móviles de la acción política, la lucha por la libertad y la justicia, la responsabilidad de nuestra generación, premunidos de un fuerte entusiasmo y de un optimismo reconfortante. Años más tarde, Manuel Olguín, cuando se encontraba en la madurez fecunda de su noble vida y en la cúspide de su carrera profesional, dando una respuesta cotidiana eficaz a aquellas lejanas interrogantes y propósitos, se eliminó en forma inexplicable. Trágico y doloroso desenlace e incomprensible para quienes le queríamos y lo admirábamos. Efecto similar me produjo la muerte de Aldo Torres, tan fuerte y sano en lo físico, tan equilibrado en su cultura, y tan preocupado siempre por las cosas del espíritu, por la poesía y el arte.

III

Aldo Torres Púa es el pseudónimo de Adiel Castillo Venegas. Nació en Pitrufquén, en 1910. Estudió en Concepción y en Temuco. En el liceo temuquense cursó el segundo ciclo de humanidades y alcanzó prestigio inigualado por sus aficiones poéticas y como basquetbolista

formidable. Cumplió el servicio militar en el regimiento de Húsares, de Angol, y le tocó participar en los combates en torno a Talcahuano, durante la rebelión de la marinería en 1931. Estudió pedagogía en inglés en la Universidad de Concepción y entró a colaborar en periódicos y revistas, con bellas crónicas literarias, versos y comentarios de libros. A lo largo de su vida escribió en forma regular y por largos períodos trabajó en diarios de Temuco, Concepción y Santiago. En 1933 publicó su primer libro: *Imágenes silvestres*, breve y fino cuadernillo poético, notable por su originalidad y frescura.

Aldo Torres estudió, desempeñó cargos de diversa índole e hizo periodismo, pero su vocación esencial guardó relación con la poesía, con la literatura en general. Se sentía vivir escribiendo, y lo hacía a conciencia, con gozo. Así lo confiesa: "Cuando escribo —con el lápiz, con la pluma— innumerables manos como en reiterado vuelo de palomas, descienden sobre el papel y entran en mi diestra, lo mismo que una mano femenina en la suave cavidad del guante. Pero también llegan voces remotas y entran en la atmósfera de mi éxtasis, igual que las abejas en las flores. Y no sé si es mi voz la que escribe o si es mi diestra la que canta".

IV

Se radicó por un largo período en Argentina y Uruguay. Allá editó su hermoso libro *Memoria permanente*. Al regresar a Santiago inició sus "encuentros literarios", entrevistando a Manuel Rojas, Rafael Maluenda, Ricardo A. Latcham, Lautaro Yankas, Luis Merino Reyes y otros. Al mismo tiempo revisaba numerosas crónicas sobre diversas regiones del país, redactadas con un carácter geoliterario: Coquimbo y Gabriela Mistral; el Maule y González Bastías; Cautín y sus escritores; la isla de Chiloé y sus mitos... Pensaba reunir las en un volumen, bajo el título de *Vacaciones de Chile*. A Mariano Latorre le encantaron el título y el contenido y lo estimuló con insistencia a darle fin y a editarlo. Desgraciadamente, no le dio término, urgido por otros proyectos.

En su última etapa chilena entregó su bellissimo libro: *Otoño encuadernado*, honda visión lírica del Cautín. Conversamos mucho sobre su obra antes de su publicación y yo me inclinaba por su título inicial: "Otoño en la Frontera". Prevaleció en Aldo Torres el nombre con el cual lo lanzó al público. Es un volumen de superior categoría y si no ha merecido la atención ni el registro de los especialistas es por un desconocimiento injusto de quienes ejercen la crítica. Aunque amigo de todos los escritores, fue reacio a solicitar juicios de com-

promiso. Valgan estas modestísimas líneas como un llamado a reparar la injusticia cometida con Aldo Torres. Su obra merece y requiere el comentario comprensivo de los entendidos y el apoyo del público amante de la buena poesía, pues la de Aldo es poesía pura, sin la escoria de cualquier especie falsa u oportunista.

Aldo Torres Púa, amigo inolvidable, formó parte de la legión sagrada de los artistas; si su lugar no se encuentra entre los primeros, su mérito es, no obstante, real y considerable por la autenticidad y la sinceridad de su creación, por su amor a su tierra y a sus gentes, por sus anhelos de belleza y de verdad.

RICARDO A. LATCHAM, A PROPÓSITO DE SU "ANTOLOGÍA DEL CUENTO HISPANOAMERICANO" Y "CARNET CRÍTICO"

I

Ricardo A. Latcham, catedrático de literatura española e hispanoamericana en el Instituto Pedagógico de la Universidad de la Universidad de Chile, y crítico de larga y fecunda labor, publicó en la editorial Zig-Zag, una copiosa antología del cuento hispanoamericano contemporáneo. Nadie más capacitado para llevar a cabo obra semejante por su conocimiento profundo de la producción artística de Hispanoamérica. Una dedicación entusiasta y devota a la investigación sistemática de la historia literaria del continente, lo coloca en lugar destacado entre los más competentes especialistas. Precisamente, Latcham prepara, desde hace varios años, una obra de conjunto sobre el desarrollo de las grandes corrientes literarias de Hispanoamérica. La lectura de algunas de sus páginas nos permite afirmar que un feliz equilibrio de erudición y crítica y una gran calidad interpretativa, harán de ella un magnífico e irremplazable tratado de las literaturas del nuevo mundo.

Su reciente antología presenta a las corrientes más nuevas y a los nombres más representativos del cuento hispanoamericano. Una atinada selección de los cuentistas nacidos alrededor o con posterioridad a 1910, de los diecinueve países hispanoamericanos, suministra un cuadro amplio y sugestivo de las distintas tendencias del relato en esta parte del universo. El cuento rural y el de la ciudad; el cuento de contenido social y el estrictamente psicológico; el cuento antiimperialista y el existencial, toda la gama de temas y actitudes se encuentra expuesta en esta substanciosa y esmerada antología. Notas biobibliográficas de los autores facilitan su ubicación y los datos

esenciales de su actividad literaria. Sin duda, esta antología es un valioso e indispensable examen del relato hispanoamericano, de lectura obligada y agradable para quien desea poseer un panorama de la reciente literatura continental.

La publicación de la antología indicada, reitera los contornos multiformes de la personalidad intelectual de Ricardo A. Latcham. Aunque su actividad regular se ha orientado, principalmente, en dos sentidos: hacia la cátedra en el Departamento de Castellano del Instituto Pedagógico, y al ejercicio de la crítica literaria en diversas revistas y diarios (por ejemplo, en *LA NACION*, desde 1940 a 1952, y reiniciada a fines de 1958), también ha desarrollado una amplísima labor de conferencista, dictando innumerables conferencias a lo largo de Chile y numerosísimos cursos en países de América y de Europa, sobre literatura chilena e hispanoamericana.

Sus varios libros pertenecen al género ensayístico, y con ser su producción muy importante, su obra de mayor envergadura permanece inédita. La trabaja y pule con minuciosidad, resultado de sus dilatadas investigaciones y reflexiones a lo largo de treinta años de estudios y de enseñanzas.

Ricardo A. Latcham, no obstante sus tareas docentes, periodísticas e investigativas, y sus viajes frecuentes, dedica una parte considerable de su existencia a visitar librerías, frecuentar tertulias, callejear, mantener contacto palpitante con la vida cotidiana, donde late el alma nacional y golpean los problemas* del pueblo. Y en este contacto y deambular, se demuestra siempre un observador inteligente y un conversador inagotable, agudo, ameno y pintoresco.

La inmensa labor ensayística y crítica de Ricardo A. Latcham, tiende al examen sociológico de la evolución histórica de Chile y al análisis original de su realidad cultural. Como crítico, ha estimulado la producción literaria vernácula y le ha concedido alta jerarquía; ha luchado por elevar a respetable nivel a nuestros autores y ha despertado interés por su obra. En general, ha inculcado amor por nuestro hacer literario y artístico. En su calidad de maestro, ha formado generaciones de profesores en el estudio y afecto de las tradiciones culturales y literarias nacionales. En estos aspectos se asocia estrechamente con otros dos grandes escritores: Domingo Melfi, crítico galano y erudito; y Mariano Latorre, maestro y novelista notable.

Domingo Melfi, Mariano Latorre y Ricardo A. Latcham fueron amigos íntimos, de tertulia diaria y de objetivos literarios comunes. Su amistad y mutua comprensión fluían de compartidas opiniones estéticas y de idénticas inclinaciones artísticas. Aunque los tres poseían sangre europea y una amplísima cultura "occidental", pusieron

su inteligencia y su sensibilidad, fundamentalmente, al servicio del estudio, comprensión y exaltación de lo autóctono. La obra de los tres ha difundido y prestigiado la literatura nacional, acreditándose como adalides de la tradición inaugurada por Lastarria, en 1842.

Melfi falleció en 1946 y Latorre en 1955. Ricardo A. Latcham, mucho más joven (nació en 1903), prosigue en su incansable tarea de investigación y de crítica de la realidad literaria hispanoamericana y chilena. En artículos, ensayos, antologías, conferencias y cursos vierte ininterrumpidamente sus vastos estudios eruditos y sus penetrantes juicios valorativos. Esta incesante actividad literaria, ha merecido un reconocimiento indiscutible, y ratificándola, la Academia Chilena de la Lengua, lo llevó a su seno. En el día de su incorporación leyó una hermosa monografía sobre su formación intelectual (Latcham se nutrió en un hogar de alto ambiente y rigor científicos, pues su padre, don Ricardo E. Latcham Cartwright, fue un eminente sabio antropólogo; y en seguida verificó sus estudios superiores en la España liberal prerrepública, de intensa vida intelectual) y las tertulias literarias en Santiago, en la década de 1920-1930.

Ricardo A. Latcham es, ante todo, una personalidad literaria, y en el presente, un intelectual independiente frente a los problemas políticos.

III

Sin embargo, durante años, actuó con singular brillo en el ardiente campo de las luchas político-sociales. Su trayectoria política fue densa en toda suerte de peripecias. En la recién pasada contienda presidencial, se destacó entre los intelectuales partidarios de la postulación del actual Presidente de la República.

A nuestro criterio, su actividad en la organización del movimiento socialista entre los años 1932 a 1945, posee una gran trascendencia. Participó en los sucesos de junio de 1932 y, en seguida, en la fundación del Partido Socialista, el 19 de abril de 1933. Se transformó en uno de sus mejores líderes. Al servicio de la propaganda del ideario socialista, puso su elocuencia briosa y resplandeciente. Sus discursos fustigaban con palabras lapidarias a las autoridades represivas y ridiculizaban con ingenio sarcástico a sus contrincantes, Acusaciones valientes, anécdotas sabrosas, adjetivos inolvidables, todo en un estilo original y vibrante, hicieron de Ricardo A. Latcham el orador más atrayente y escuchado de aquellos años fervorosos. En 1935 salió elegido regidor por la comuna de Santiago, y en 1937, diputado por el primer distrito, con la más alta mayoría de la época. En ambos cargos

exhibió su cultura, su ardor polémico y su relevante personalidad de orador erudito, distinguido y, al mismo tiempo, popular. En 1938 se retiró del P. S. para fundar la Unión Socialista, de efímera existencia, a raíz de discrepancias en el problema presidencial. Más tarde reingresó al viejo Partido Socialista y en esta etapa se le designó candidato a diputado por la provincia de Cautín.

Recuerdo siempre aquella campaña de dos meses (enero-marzo de 1945), en una región agraria difícil, dominada por caciques maestros en el cohecho de electores y en la falsificación de las elecciones. Me tocó acompañarlo en todo su periplo. Su jornada inicial constituyó una advertencia condensada de su ritmo y alternativas. Una mañana temprano, partimos de Temuco a Pitrufulquén, para sincronizar con una destartalada "góndola" en dirección a Toltén. Intelectuales un tanto despectivos de los convencionalismos de itinerarios, escogimos el día en que no se producía la combinación y quedamos aislados. Atribulados por nuestro primer desacierto, nos lamentábamos en la estación, cuando un comedido comarcano nos indicó un enorme camión cargado con sacos de harina, herramientas y varios campesinos y mapuches, próximos a partir hacia el primer punto de nuestro "plan de giras". Nos apersonamos al chofer y éste aceptó con agrado llevarnos. Nos acomodamos entre los sacos y utensilios y a un par de kilómetros de marcha estábamos tan inconocibles como si en nuestra existencia no hubiéramos hecho otra cosa que cargar sacos harineros. Para desgracia, a media hora de viaje, se descargó un violento chaparrón de verano y en pocos minutos nos caló hasta los huesos. Lo soportamos estoicamente durante una hora. El agua y la harina formaron una sólida caparazón, recubriéndonos como una curiosa armadura de carnaval. Cesó el aguacero y de nuevo brilló el sol esplendoroso, con una agradable brisa del suroeste. Nos secó con rapidez y, luego, unos cuantos manotazos desprendieron la harina adherida a nuestras ropas. Así llegamos a Toltén, frescos y limpios, tal si hubiéramos realizado el viaje en un cómodo coche de lujo. Durante aquellos meses visitamos todos los rincones de la hermosa provincia de Cautín, haciendo oír la voz del socialismo a través de nuestra "plataforma electoral".

Ricardo A. Latcham pronunció toda clase de discursos y anduvo a caballo, en bote, en carreta, en auto, en tren y hasta en una goleta pesquera en la bahía de Queule. Cruzamos ríos, lagos, bosques y caminos; verificamos reuniones en villorrios y colonias, al pie de los volcanes y frente al mar; en modestas rucas y en locales o teatritos de las pequeñas ciudades provincianas. En Puralaco, lugar donde el manso río Boldos tuerce hacia Queule, bordeando una montaña cubierta de ulmos floridos, de intenso perfume, Ricardo lanzó una de sus pero-

ratas más extraordinarias. En la capilla evangélica, ante medio centenar de campesinos y mapuches, abrió la gran Biblia que estaba sobre la mesa, leyó una de las epístolas de San Pablo y, a continuación, la comentó vinculándola al ideario socialista, moderno intento de dar realidad a esas ideas de justicia e igualdad, en un magistral sermón cristiano-socialista, que siempre recuerdo y, a la vez, lamento no haber registrado textualmente.

Fue derrotado en esa fulgurante campaña, pues las huestes agropecuarias ya estaban comprometidas con sus mayores, pero fue inolvidable experiencia de agitación y pintoresquismo.

Más tarde, Ricardo A. Latcham se alejó de la política para encerrarse en sus estudios literarios, en la docencia y en la crítica, dedicando el saldo de su actividad a la participación responsable en organismos de escritores, desligados de la filiación militante y tumultuaria. Desde entonces su posición ha sido la de un ciudadano ajeno a posiciones tajantes, dogmáticas, mezcla de ortodoxismo doctrinario y oportunismo cotidiano. Por sobre todo, trabaja con tesón en su obra literaria.

A fines de 1958 se le designó Embajador en el país de Rodó y de Frugoni. En Montevideo llevó a cabo una fecunda misión diplomática, en momentos difíciles y complejos de la política uruguaya, con brillo y dignidad, sin abandonar sus tareas literarias.

A mediados de 1962 publicó, en aquella ciudad, su libro *Carnet Crítico*. Es un volumen del más alto interés, el cual recoge cuarenta artículos y ensayos sobre autores mexicanos, venezolanos, uruguayos y chilenos, aparecidos entre 1950 y 1961, en "La Nación", de Santiago de Chile; "El Nacional", de Caracas; y "Marcha", de Montevideo. Cada ensayo posee calidad intrínseca y valor independiente, pero reunidos y ordenados en este volumen, de acuerdo con un criterio selectivo y unitario, adquieren mayor significación y entregan una densa y rica visión panorámica de la producción literaria más reciente de Venezuela, Uruguay y Chile.

La obra de Ricardo A. Latcham se caracteriza por su profundo dominio de la historia y literatura del continente. A una erudición admirable, une un gran poder de síntesis y una fina agudeza interpretativa. Y su inquietud investigadora y crítica se dirige con igual esmero hacia los valores del pasado y ante las nuevas corrientes literarias y sus jóvenes personeros. Su información se encuentra siempre al día, por medio de un trabajo sistemático de sorprendente magnitud. Ricardo A. Latcham conoce a fondo la literatura europea y sigue su desarrollo con apasionado interés, pero sus desvelos de escritor y crítico los dedica fundamentalmente al examen de la producción con-

tinental, de acuerdo con una firme actitud americanista. De esta posición fluyen su ejemplaridad creadora, la fecundidad y originalidad de su obra, y la influencia de su apostolado crítico.

Ricardo A. Latcham ha recorrido todos los países americanos, conoce personalmente a sus más destacados intelectuales y artistas. Es el escritor chileno más y mejor conectado con los representantes valiosos de las distintas generaciones y corrientes literarias del continente en los últimos decenios. Su *Antología de la Literatura Norteamericana*, su *Antología del cuento hispanoamericano contemporáneo* y su reciente *Carnet Crítico*, comprueban en forma amplísima lo afirmado.

Según anuncia el prólogo, a la presente serie, seguirán otras abarcando el material esparcido en diarios y revistas de América y de Europa. Constituirán volúmenes de extraordinario valor y confirmarán la vastedad y el mérito de su labor crítica y ensayística. En la "Revista de Estudios Americanos", de Sevilla, le hemos leído ensayos como "Novela Chilena actual". "Las viejas generaciones", "Novelistas chilenos de la generación del 40", "El ensayo en Chile en el siglo xx"; en "Atenea", de Concepción, un completo examen crítico: "Perspectiva de la literatura hispanoamericana contemporánea", y otros. La recopilación de ensayos como los señalados daría vida a un volumen imponente de saber erudito de información original y de hondura crítica.

En mi condición de incansable "lector común" junto al conocimiento directo de novelas y cuentos, siendo especial inclinación por la crítica y el ensayo. En Chile, respecto de la crítica literaria, leo y releo con fruición y provecho, la producción de Omer Emeth, Domingo Melfi y Ricardo A. Latcham.

A Omer Emeth empecé a tratarlo durante mis estudios de humanidades, por indicación de mi inolvidable profesor de castellano Hermógenes Astudillo. Tuve ocasión de conocerlo de paso, en 1929 ó 30. Acompañé al poeta costarricense Isaac Felipe Azofeifa a visitarlo en su casa en la calle Francia, en el barrio al norte del Mapocho¹. Azofeifa le traía algunos encargos de los críticos Rogelio Sotela y Joaquín García Monge, del "Repertorio Americano", de San José de Costa Rica. Pasamos una tarde muy animada con el docto y erudito sacerdote francés, crítico incomparable, de profunda formación europea, pero de plena adhesión a lo chileno y americano.

A Domingo Melfi lo visité tres o cuatro veces en la Biblioteca Na-

¹Isaac Felipe Azofeifa es el actual Embajador de Costa Rica en Chile.

cional y en el diario "La Nación". Era muy gentil, gran señor cordial, amable, escritor elegante y sutil. En él me atraen su prosa galana, su comprensión social y su penetrante poder analítico. Tales cualidades distinguen claramente su misión crítica y dan perdurabilidad y actualidad a su obra.

De Ricardo A. Latcham he leído toda su producción; he seguido con regularidad su magisterio crítico y le he escuchado innumerables conferencias. A lo largo de tres decenios he alternado con él en grandes campañas políticas; en peripatéticos paseos por calles de distintas ciudades del país, o en reuniones culturales y sociales; o en medio de su magnífica y escogida biblioteca particular.

V

En *Carnet Crítico* se examinan los escritores mexicanos Mariano Azuela y Emilio Abreu Gómez; los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez, Pío Gil, Mariano Picón-Salas, Miguel Otero Silva, Pocaterra, José Antonio Rial, Rafael Pineda, Antonio Márquez Salas, Oscar Guaramato, Antonia Palacios e Ida Gramcko; los uruguayos Alberto Zum Felde, Mario Arregui, Julio C. Da Rosa, Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández, Enrique Amorim, Mario Benedetti, Emilio Frugoni y Clara Silva; y los chilenos Enrique Lafourcade, José Donoso, Armando Cassigoli, Helvio Soto, Cristián Hunneus, Fernando Rivas, Luis Alberto Heiremans, Daniel Belmar, Carlos Droguett, Humberto Díaz Casanueva, Rosamel del Valle y Efraín Barquero, más un orientador esquema sobre la nueva poesía chilena.

Ricardo A. Latcham analiza los escritores mencionados en sus publicaciones recientes. Cada obra es desmenuzada con certera precisión y, al mismo tiempo, justamente colocada dentro del conjunto de la creación de su autor, para destacar su contenido, sus innovaciones, sus aciertos o retrocesos. Lo hace siempre con acopio de antecedentes sobre el autor y la literatura de su país, en ponderada actitud interpretativa y con objetiva comprensión, en un estilo dinámico, rico y sugestivo.

La lectura de los ensayos de Latcham es atrayente no sólo por sus valores literarios; lo es también por sus rasgos éticos. En todos ellos campean una cálida curiosidad creadora, respeto y admiración hacia los grandes escritores, como un Mariano Azuela o un Alberto Zum Felde; inclinación solidaria y exaltación entusiasta de aquellos que junto a su elevadísima condición artística, son sus amigos de largos años y compañeros de afanes, como Enrique Amorim o Mariano Picón-Salas; estímulo gozoso, con todo el peso de su seguro criterio crítico y de su vasta experiencia literaria, a los jóvenes y poderosos creado-

res, como a Daniel Belmar, Carlos Droguett, José Donoso y Enrique Lafourcade, en el caso de Chile.

VI

A Mariano Picón-Salas lo enfoca en cuatro artículos, a propósito de sus libros *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, *Gusto de México*, *Los tratos de la noche* y *Regreso de tres mundos*. El caso del gran escritor venezolano no nos puede ser indiferente. Vivió fecundos años de estudio y de elaboración en Chile, de 1923 a 1936. Los recuerda con delicadeza y nostalgia en un capítulo de su *Regreso de tres mundos*. Ricardo A. Latcham lo conoció en 1930 cuando se constituyó el grupo INDICE, con su órgano la revista del mismo nombre, una de las mejores publicaciones literarias chilenas, y donde colaboraron Mariano Latorre, Manuel Rojas, González Vera, Domingo Melfi, Eugenio González, Mariano Picón-Salas, Benjamín Subercaseaux, Raúl Silva Castro, Alone, Marta Brunet y Ricardo A. Latcham. Desde aquella época se anudó su profunda amistad, estrechada en diversos países de América y de Europa, en los cuales Mariano Picón-Salas ha representado a su país en funciones diplomáticas.

Mariano Picón-Salas es un ensayista extraordinario, poseedor de una vastísima cultura y de una fina sensibilidad. Estilista incomparable, une a la profundidad meditativa de su prosa una forma ágil, sabrosa, de gran riqueza verbal. Aunque el ensayo es su género predilecto, se ha demostrado un novelista de alta jerarquía y un galano historiador. Posee un cabal conocimiento de la historia y literatura chilenas, de su tierra y de sus pobladores. Su volumen: *Intuición de Chile*, y otros artículos no recogidos, entregan uno de los testimonios más lúcidos de nuestras realidades, problemas y valores.

Mariano Picón-Salas visitó Temuco en los veranos de 1935-1936, con motivo de las pruebas de bachillerato, y luego recorrió algunas partes típicas de la provincia: Carahue, Lago Budi, Puerto Saavedra, Villarrica-Pucón. Tuve el privilegio de acompañarle en su permanencia en nuestra zona y aquí en Temuco, nos bañamos en el Cautín, trepamos el Nielol, deambulamos por sus barrios y asistimos a reuniones sociales y políticas diversas. Escuché con verdadero fervor sus amenos y agudos comentarios de autores y libros desconocidos para mí y sus observaciones sagaces sobre la situación sociopolítica de América Latina, de bastante influencia en mis posteriores estudios e inquietudes. Asimismo, escuché fascinado sus eruditas conversaciones con Oscar Vera, catedrático brillante, ensayista eximio, traductor de André Malraux.

Parte de sus impresiones de nuestra provincia las volcó en su ensayo "Cautín, sur de Chile". Ahí, en armoniosa síntesis, capta mucho de lo esencial de la historia y realidad de esta tierra y estampa, inteligentes y exactos juicios sobre el aspecto y desenvolvimiento de Temuco, merecedores de permanente atención.

Mariano Picón-Salas, el más notable ensayista actual de Hispanoamérica, vivió algunas semanas en nuestra provincia, dictó dos conferencias en Temuco, se compenetró de sus labores y de su idiosincrasia y dejó un testimonio escrito, equilibrado y justo. Merece por todo nuestro afecto, nuestro interés y nuestro reconocimiento.

VII

De los escritores chilenos, Latcham dedica un ensayo finísimo a Daniel Belmar, por su última novela: *Los túneles morados*.

Daniel Belmar, oriundo de nuestra provincia y autor de una recentísima *Evocación de Temuco*, es uno de los escritores más interesantes de Chile, por la originalidad de su producción, su técnica moderna, su poder narrativo avasallador unido a una profunda observación psicológica, dueño de un estilo inconfundible, subyugante. En su eje telúrico Temuco-Concepción ha dado vida a una novelística que refleja, en forma artística, una gran zona de su existencia local y, a la vez, de la humanidad en general. En *Los Túneles Morados*, según Ricardo Latcham, el verdadero protagonista es la inacabable noche chilena del sur, rodeada de niebla y de misterio. En esta novela siente algo sólidamente chileno, surgida de la entraña racial y destinada a explorar un mundo sometido a las más arbitrarias reacciones, el de los borrachos, metidos en esos túneles morados, donde se asoma la muerte y se pierde la noción del tiempo.

El éxito prodigioso de Daniel Belmar, amigo y compañero, nos enorgullece como hijos de la misma tierra y compañeros de afanes literarios.

El ensayo final de *Carnet Crítico* es un esquema de la nueva poesía chilena, donde se refiere a las últimas promociones de poetas. Entre los numerosos representantes estudiados enfoca a cuatro cautiñanos: Miguel Arteche, Altenor Guerrero, Jorge Teillier y Jorge Jobet.

Jorge Jobet es un poeta de inmensa producción, de la cual ha publicado, únicamente, dos libros¹. Ricardo A. Latcham destaca que, en

¹A fines de 1963 salió a luz su tercer libro: "Mis Provincias".

contraste con los poetas en cuya producción se refleja su militancia política, J. Jobet tanto en su libro *El Descubridor Maravillado*, 1957, como en *Naturaleza del Ser*, 1959, mantiene una adhesión total a la poesía depurada. En su apreciación de conjunto manifiesta: "Su estructura formal es rígida y, a veces, demasiado pulida, pero con una gozosa exaltación ante el paisaje del sur, que brota estilizado en sus estrofas. Conocedor de la estética moderna y sabiamente equilibrado en sus juicios, también suele ser polémico y combatiente. Sin embargo, nunca la política ha contaminado su labor poética que lo ubica entre los buenos conocedores del idioma y del rigor verbal".